



## **EN MEMORIA A ROBERT VH DOVER (Q.E.P.D): UN ANTROPÓLOGO DE CHANCLA Y SONRISA**

*Comité Editorial*

No podríamos dejar pasar la publicación de este número de *Kogoró* sin dedicarle algunas palabras al maestro, colega y amigo con quien tuvimos la gracia de compartir pocos o muchos momentos durante su paso afortunado por el Departamento de Antropología. Robert Dover, como quizás gran parte de nuestros particulares profesores, no era un sujeto que podía pasar inadvertido. Por poco que algunos hayamos alcanzado a conocerlo, un par de sandalias que iban a juego con unos blue-jeans y una sonrisa simpática le hacían entender a quien con él se encontrara, que aquel tipo no podía ser fácilmente incluido entre la lista de los cualquiera. Sus estudiantes recordamos cómo en sus clases, a diferencia de tantas otras, no existía esa barrera creada por las sillas desocupadas de las primeras filas. Antes bien, era mucho el trote necesario para encontrar el puesto más cercano y así poder oír tan siquiera unas poquitas palabras del español laberíntico y susurrante del profe Robert. Quizás la cuestión se resume en que, como asegura su hijo Thomas, cuando Robert hablaba “solo tenía cosas importantes que decir, la palabra precisa en el momento adecuado. Es cierto que el alma susurra cuando habla...”.

Pensábamos sus inocentes estudiantes que con las anotaciones del tablero, tales embrollos lingüísticos se verían solucionados. ¡Qué desilusión al encontrarse con sus garabatos tal vez aún más enigmáticos! En una clase de Antropología Aplicada Robert nos diría, no sin una sonrisa pícaro, que con su caligrafía le hacía honor a su vocación de pintor. Y es que como nos contó su esposa María Eugenia, Robert era, además de antropólogo, artista, carpintero, músico, librero, cocinero, arquitecto y amante de la tecnología. En palabras de su hijo Thomas, Robert era “alguien con una habilidad para todo, 50% habilidad y 101% pasión”. Como dio cuenta María Eugenia, Robert:

Tenía una maestría en artes que acogía esa especial sensibilidad artística, su capacidad para diseñar y crear obras con sus manos. Disfrutaba el trabajo de los libros animados que lo inspiraban a hacer hermosas tarjetas de este estilo, donde afloraba toda la paciencia que para otras cosas era tan esquiva. Disfrutó trabajando en la universidad de Indiana como conservador de libros antiguos. Aún recuerdo su deleite contando cómo tomaba hoja por hoja, a veces con cientos de años, con una delicadeza fina para poder repararlo y conservarlo. Igualmente, disfrutaba de la buena música que siempre lo acompañaba, descubriendo los

artistas más fascinantes de todos los continentes. Cambió los crucigramas de El Colombiano por los del New York Times y siempre soñó con comprar el VW bus de la época hippie que veía estacionado cerca de la casa de mi hermana.

¡Tremendo tipo! No fueron pocos los sorprendidos por este desempeño polifacético del profesor Robert al enterarse de sus múltiples intereses en el homenaje que le hizo el Departamento de Antropología en febrero de este año. Así, con esta breve nota, deseamos poder aportar tan siquiera una pizca, al conocimiento de estas facetas tuyas quizás para muchos desconocidas, a través de las palabras de aquellos quienes pudieron conocerle mejor mientras estuvo entre nosotros. Asimismo, quisiéramos recordar a Robert en sus aspectos conocidos por el grueso de sus estudiantes, como el hombre alegre y calmado, “la roca que mantenía la calma”, en palabras de su esposa; “su mirada tranquila, su palabra apacible, su sonrisa dulce y sencilla”, como expresó Luz Marina Agudelo; el profesor que insistía, incansable, en la necesidad del compromiso ético y en la responsabilidad que implica el ejercicio de la antropología. Homenajeamos entonces el recuerdo, no sólo del Robert docente e investigador, sino del amigo, esposo y padre: del ser humano.

Sin procurar elaborar un completo recuento de la trayectoria profe-

sional del profesor, valdría traer a cuentas algunos elementos que ayuden a ilustrar la vida de Robert como académico e investigador. Robert VH Dover estudió en la Universidad de William and Mary en Williamsburg, Virginia, cerca de su natal Pensilvania, Estados Unidos. Posteriormente, realizó sus estudios de maestría y de doctorado en Folklore y Etnomusicología en la Universidad de Indiana en Bloomington, Illinois, con la tesis titulada: “Nucanchi gente pura: la ideología de ‘recuperación’ en las comunidades Inga del Valle del Sibundoy en el Putumayo”. Con el apoyo de la Universidad de Alberta, pudo permanecer largas estancias en el Putumayo y realizar investigaciones de archivo sobre los Inga y los pueblos nativos de Canadá. Posteriormente, de la mano del ICANH, indagó acerca de los procesos de recuperación cultural e identitaria en la Sierra Nevada de Santa Marta y las formas organizativas políticas indígenas que se desarrollaban en el marco de la nueva constitución colombiana.

Gracias a la valiosa semblanza elaborada por la profesora Claudia Puerta, nos fue posible conocer el compromiso que el profesor Robert asumió con las comunidades afrodescendientes y campesinas de Tabaco, en el sur de La Guajira, quienes emprendieron un proceso de reconocimiento de su identidad étnica en su lucha contra el despojo

territorial adelantado por El Cerrejón. Y es que, de acuerdo con Claudia, Robert siempre buscó ir más allá de la esfera de la academia para llegar a incidir en las realidades de las poblaciones subalternas. Esto lo llevó a inclinarse por el ejercicio de la antropología aplicada, como fue en el caso del proyecto de consulta previa en el que Robert, junto con otros investigadores, se involucró en la lucha de los mineros tradicionales de Marmato. También, realizó peritajes para las cortes que devinieron en sentencias importantes para los procesos de lucha por derechos diferenciados y se empeñó en trabajar para que empresas privadas, como Comfama y SURA, optaran por prácticas responsables, aun cuando constantemente resultó frustrado por la manera en que éstas operan bajo una lógica meramente empresarial. Además, Robert fundó e hizo parte del grupo Recursos Estratégicos y Dinámicas Socioambientales (RERDSA) e impulsó y coordinó varias de las cohortes de la Maestría en Antropología. En palabras de la profesora Claudia:

Robert vivió intensamente los proyectos de investigación. Su mirada de curiosidad y de emoción cuando pensaba en el trabajo de campo indicaba que todo su ser giraba en torno a ser antropólogo. Para Robert no hacía calor o hambre o sed. Con sus cigarrillos, sus múltiples cuadernos empezados (y que nunca terminaba) y sus dispositivos electrónicos,

se armaba cada día para conversar. Nunca tomaba notas, pocas veces re-escuchaba los registros, pues tenía una memoria prodigiosa. Siempre recordaba aquel segmento de conversación que era clave para responder nuestras preguntas de investigación. Mantenía tan fácilmente en su memoria fechas y presupuestos, como conceptos clave, abordajes analíticos, resultados de otras investigaciones, conversaciones con las personas o con el equipo. Era lúcido a la hora de plantear preguntas y definir títulos.

No son pocas las personas que rescatan este genial desempeño de Robert Dover como investigador. Luz Marina Agudelo, antropóloga egresada de la Universidad de Antioquia y antigua estudiante de Trabajo de Grado de Robert, nos cuenta:

A Robert lo conocí cuando cursé Teorías antropológicas III. Desde el principio, me di cuenta de su calidad como profesor, pero, sobre todo, como investigador. Tiempo después, luego de comentar un par de veces una situación que se vivía al sur de La Guajira, tomé la decisión de hacer mi trabajo de grado en ese territorio. Recuerdo que lo encontré afuera del Departamento de Antropología fumando un cigarrillo. Le comenté que quería hacer mi proyecto en Chancleta, comunidad afrodescendiente, y él inmediatamente se alegró y me dijo que habláramos con la jefa. Al salir de

la reunión, Alba me preguntó quién me asesoraría. Ella me recomendó a tres profesores por sus trabajos previos en La Guajira, y tan sólo días después, mi intuición me dijo que lo eligiera a él... No me equivoqué.

Las peculiares cualidades de Robert condujeron a que se le recuerde no sólo por su desempeño como académico, sino también por su calidad humana. Es por esto que su ausencia hace aflorar un sentimiento de nostalgia, como es el caso de la estudiante Daniela Arango, quien recordó a Robert con estas palabras:

[...] me enseñó que difícil no es necesariamente imposible, me confrontó con las empinadas lomas de Pajari-to para escuchar historias de vida de personas sin valor para muchos. Ahora que entiendo a dónde ha ido, ¿cómo voy a recordarle con tristeza? Si mis lágrimas caen es porque los seres humanos somos egoístas, porque nos duele pasar por su oficina y no verlo sentado frente al computador, porque nos rompe el corazón no tener esas conversaciones en la que su español timorato apenas nos permitiría entender algo. Nuestras lágrimas, Robert, son de agradecimiento, de amor y de eterna gratitud con usted. Mi Dios que, no sé si sea su mismo Dios, lo guíe desde ese lugar maravilloso en el que se encuentra a ser el maestro de nuestros sueños.

Para el lector desprevenido del futuro, que no tenga más referencia de

Robert Dover que mediante oídas o los insuficientes fragmentos aquí incluidos, no lo dude un momento: Robert Dover fue un individuo singular dentro de su especie. Thomas S. Dover hace hincapié en la originalidad de su padre:

En lo que respecta al ambiente personal, Robert/Bob/Daddy/Mi amor/Don Robert/Dad/Pa/Profe/Doctor/Mr. Dover fue y seguirá siendo una inspiración para todas las personas a su alrededor, desde su esposa hasta su primo tercero que vive debajo de una roca. Y con razón: de aquel hombre no se pueden sacar nada más que virtudes. En este planeta no ha existido hombre más auténtico que él.

En efecto, continúa Thomas, estas inéditas cualidades hacen de Robert:

Un nombre que todos han escuchado de alguna forma, sea susurrado entre bocas, o hablado con respeto; a través de sus colegas, sus proyectos, sus salidas de campo; su forma de ponerle pasión a todo lo que hacía; su conocimiento de tantas situaciones y posiciones, haciendo semejanza a un mar de sabiduría sin fin; sus famosos cinnamon rolls (una leyenda que ha viajado por casi todos los continentes); su hábito de ir en sandalias a donde fuera necesario, ya sea para manejar carro o asistir a una reunión...

Como menciona Thomas, la afamada receta de los rollitos de canela de

Robert ha logrado traspasar fronteras y conquistar corazones. María Eugenia, su esposa, lo describió como “un artesano de la comida”, para quien “felicidad es una cocina llena de familia”. En palabras de la profesora Claudia Puerta:

Sin duda, una de las cosas por la cuales será gratamente recordado entre sus colegas y amigos era por su sazón y amor por cocinar. Sus platillos simples, pero a la vez sofisticados, gozaban de fama. Le gustaba experimentar todo el tiempo, como las veces que deshidratava hierbas y frutas, o cuando conseguía un nuevo picante. Pero se mantenía la constante de sus rollos de canela o su torta de zana-horia. Nada mejor para las reuniones de estudio o los almuerzos de fin de año del Departamento de Antropología.

Su muerte, acaecida el 14 de diciembre de 2018, lo sorprendió preparando para sus colegas sus emblemáticos cinnamon-rolls. Con el ánimo de que su sabor inconfundible continúe dejando barrigas contentas, compartimos, gracias a la colaboración del profesor Ramiro Delgado, la receta de tan gustosa preparación:

### **Rollos de Canela a la Robert VH Dover (para 10 rollos)**

#### **Masa:**

1 huevo más agua que ajuste una taza  
¼ de taza de aceite de canola  
1/3 de taza de azúcar  
1 Cucharadita de sal  
3 ½ tazas de harina para pan  
1 ½ Cucharadita de levadura  
Amase 10 minutos. Deje subir 5 minutos

#### **Relleno:**

1/3 de taza de mantequilla ablandada  
1/3 de taza de azúcar  
2 Cucharadas soperas de canela

#### **Glasé:**

1 ½ tazas de azúcar pulverizado  
3 Onzas de queso crema  
½ Cucharadas soperas de vainilla  
3 Cucharadas de mantequilla

*Una vez lista la masa, colóquela en una superficie enharinada y extiéndala en un rectángulo de 12 x 18. Úntele la mantequilla al rectángulo. Combine el azúcar y la canela y espolvoréelo sobre la mantequilla. Enrolle apretada la masa y corte en tajadas de una pulgada. Coloque las tajadas en un molde engrasado y déjelo en un sitio calentito por una hora hasta que crezcan al doble del tamaño. Precaliente el horno a 350 grados F / 177 grados Celsius y hornéelos por 25 o 30 minutos. Tenga medio batido el Glasé y póngaselo a los rollos de canela recién salidos calientes del horno.*

Nos sería imposible reunir cada versión y todas aquellas innumerables ideas que el nombre “Robert Dover” pueda evocar entre quienes llegaron a conocerle en vida. Sabemos que en nuestro selectivo ejercicio de memoria, el olvido seguirá jugando un papel, a lo mejor, ineludible. Manifestamos una sincera gratitud a quienes decidieron compartir mediante estas palabras, los sentimientos que llevan dentro, los cuales, sin duda alguna, immortalizan la idea de Robert en nuestra memoria. No habríamos podido escribir este homenaje sin el apoyo de Thomas S. Dover, María Eugenia Vargas, Claudia Puerta, Luz Marina Agudelo, Daniela Arango y Ramiro Delgado. A ellos, ¡gracias!